



Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica

Publicación Semestral, EISSN: 2215-2628

Volumen 52 - Número 1, 2026

**“Las heridas son elocuentes”: Trauma y alteridades
en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel
Vásquez**

Gabriela Miranda-Recinos

Miranda-Recinos, G. (2026). “Las heridas son elocuentes”: Trauma y alteridades en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 52(1), e8kcwzf73. <https://doi.org/10.15517/8kcwzf73>



Doi: <https://doi.org/10.15517/8kcwzf73>

URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/index>

“Las heridas son elocuentes”: Trauma y alteridades en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez

“Wounds are eloquent”: Trauma and Alterities in *El ruido de las cosas al caer* of Juan Gabriel Vásquez

Gabriela Miranda-Recinos

Stephen F. Austin State University, Texas, Estados Unidos

The University of Texas System

mirandag@sfasu.edu

<https://orcid.org/0009-0004-7506-9069>

DOI: <https://doi.org/10.15517/8kcwzf73>

Recepción: 04-03-2025

Aprobación: 12-11-2025

RESUMEN

Este artículo examina, en la novela *El ruido de las cosas al caer* del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, la herida y el subsecuente trauma que sufre el protagonista Antonio Yammara. En la novela, la experiencia postergada del trauma responde a tendencias teóricas y metodológicas identificadas en los estudios del trauma literario. En este caso, el contexto social violento dará las pautas para entender el trauma a un nivel emocional, perceptivo y somático. En la diégesis, el deseo de evocar lo olvidado y reprimido surge de la extrapolación de dos eventos, dos presentes históricos y dos espacios, los cuales funcionan en base a un catalizador: la tragedia mediática del hipopótamo descuartizado en el año 2009. Este evento exhibe el recuerdo del trauma inicial. En una segunda instancia, la coyuntura asociada con esa herida que sufre el personaje invita un mecanismo duplicativo, mismo que opera como aviso recurrente emanado de esa herida que advierte una condición de alteridad. Este efecto del doble en la novela, el intercambio de vidas, insinuado en la diégesis, permite identificar y descifrar los diversos niveles de la crisis violenta y traumática que sufre el personaje Yammara.

Palabras clave: Trauma en la Literatura Colombiana Contemporánea, narcotráfico, alteridades, heridas, violencia.

ABSTRACT

This article examines the wound and subsequent trauma suffered by the protagonist Antonio Yammara in the novel *El ruido de las cosas al caer* by Colombian writer Juan Gabriel Vásquez. In this novel, the belated experience of trauma responds to theoretical and methodological tendencies identified in literary trauma studies. In this instance, the violent social context will provide guidelines for understanding trauma at the emotional, perceptual, and somatic level. In the diegesis, the desire to evoke the forgotten and repressed arises from the extrapolation of two events, two historical presents and two spaces, which function based on a catalyst: the media tragedy of the dismembered hippopotamus in 2009. This event displays the memory of the initial trauma. In a second instance, the moment associated with the wound suffered by the character invites a duplicative mechanism, which operates as the recurring warning that emanates from the wound, one that warns a condition of alterity. This effect of the double in the novel, the exchange of lives, insinuated in the diegesis, allows the identification and deciphering of the various levels of the violent and traumatic crisis suffered by the character Yammara.

Keywords: Trauma in Contemporary Colombian Literature, narcotraffic, alterities, wounds, violence.

1. Introducción

Vásquez, en una entrevista, propone que, en Colombia, se vive “una realidad desmesurada, ... [y] lo que es desmesurado en ella es la violencia y la crueldad de nuestra historia” (Wiener, 2007, párr. 5). Esta disquisición ofrecida por el autor propone el marco del pasado histórico colombiano y su realidad desorbitada como escenario de múltiples conflictos vividos a lo largo del siglo XX y *locus* de reflexión en su trabajo literario¹. En su novela *El ruido de las cosas al caer* (Vásquez, 2011), texto galardonado hasta la fecha con importantes premios literarios², Vásquez (2011) se decanta por resaltar el factor histórico y social, privilegiando una perspectiva oblicua en su examen y presentación de los acontecimientos mediante una narración sin muchas afectaciones dramáticas.

La recepción de esta obra, en particular por el público lector, contribuye a su subsecuente traducción y publicación a veintiocho idiomas, además de despertar el interés por la temática del trauma y la memoria entre la crítica académica (Esch, 2021; González, 2016; Rojas, 2018; Santos y D’ottone, 2021). En este sentido, los estudios del trauma en el análisis de esta novela se nutren a base de una serie de perspectivas multidisciplinarias. En este artículo, propongo examinar cómo se manifiesta y representa la “experiencia tardía” del trauma vivido por Antonio Yammara, focalizando la génesis de esta herida con base en dos elementos concretos: la irrupción de una imagen fotográfica en la que se observa el desmembramiento de un hipopótamo y la exposición de una serie de desdoblamientos, los cuales, en el discurso narrativo, acentúan una presencia duplicada del trauma que se origina por la naturaleza desestructurante de la violencia.

El ruido de las cosas al caer centra su narrativa en la vida del joven profesor de derecho bogotano, Antonio Yammara, y en Ricardo Laverde, personaje lacónico y enigmático que atrapa obsesivamente, desde un principio, la atención del profesor. A lo largo de la novela, Vásquez (2011) alterna múltiples planos temporales e hilos narrativos, los cuales abarcan la vida de ambos personajes. En un discurso que establece su línea cronológica, comenzando alrededor del año 2009, la escena de un hipopótamo descuartizado en la fotografía de una reconocida revista será la que agitará, en la memoria de Yammara, un nombre que él ya había olvidado por completo: Ricardo Laverde, su viejo amigo asesinado. Conforme avanza la trama, el discurso narrativo es dominado por un presente histórico situado en los años noventa, justo cuando Antonio y Ricardo entablan una relación de amistad. Es aquí donde la trama refiere el momento del asesinato de Ricardo a manos de sicarios y la herida física que sufre el profesor como víctima colateral del tiroteo, marcando el origen de donde se deriva su trauma.

En los siguientes capítulos y a raíz de este perturbador episodio, Yammara se dará a la búsqueda de respuestas que logren desenmarañar la vida del misterioso Laverde, una investigación mediada por el ejercicio perentorio de la memoria. A pesar de que se reconoce a Yammara como víctima de aquella violencia, la herida y el subsecuente trauma experimentado por el personaje son los que habrán de constituirse en componentes temáticos fundamentales del texto. Tres años de indagaciones más tarde, Yammara descubre la existencia de Maya Fritts, hija de Laverde, quien le facilita una serie de recortes de periódico, fotos y cartas personales que le ayudan a reconstruir la vida de Ricardo y, también, a

¹ Algunos libros de este prolífico narrador, ensayista y periodista que comparten como marco diegético el pasado histórico colombiano son *Volver la vista atrás* (2020), *El ruido de las cosas al caer* (2011), *Las reputaciones* (2013), *La forma de las ruinas* (2015), *Historia secreta de Costanagua* (2007).

² Entre los diferentes premios otorgados, se listan el Premio Alfaguara 2011, el English Pen Award 2012, el Premio Gregor von Rezzori-Città di Firenze 2013 y el IMPAC Dublin Literary Award 2014.

entender los motivos de su muerte, además de enterarse de la historia de su esposa norteamericana, Elena Fritts, muerta en la explosión del vuelo 965. En el acto de reconstruir la historia personal de Ricardo Laverde, y también mediante la interposición de otras historias trágicas en la familia de Laverde, Yammara logra situar a Laverde y su esposa en momentos importantes de la expansión inicial del narcotráfico durante las décadas de los setenta y ochenta. De hecho, la referencia directa a la figura del narcotraficante Pablo Escobar recalca el impacto traumático que dicho conflicto ha tenido por generaciones en la fibra social de toda una nación. El tráfico de estupefacientes, en esta obra, no es construido a partir de aseveraciones cáusticas ni moralizantes puntuales; sin embargo, su presencia en la novela se acentúa como un fenómeno que agudiza la inestabilidad nacional e impone una estructura de terror en múltiples sectores de la sociedad colombiana.

En la novela de Vásquez (2011), los años de violencia partidista durante la primera mitad del siglo XX, la expansión del narcotráfico, así como los efectos brutales y sanguinarios del crimen organizado son ejemplos que puntualizan la inmersión plena de los personajes en la historia de la violencia y sus desenlaces traumáticos. En la diégesis, este andamiaje de referencias históricas y políticas es presentado mediante alusiones directas a la inseguridad social que se vive a nivel individual y colectivo. En efecto, eventos históricos anteriores a la muerte de Laverde (establecida en 1996 según el relato) y la de sus padres, tales como la explosión del avión del ejército colombiano durante una exhibición aérea en 1938, la referencia al conflicto de la Violencia (datada entre los años 1946 y 1957) y las décadas turbulentas que la preceden³, se superponen en el texto para enmarcar los efectos de traumas transgeneracionales. En las décadas de los ochenta y noventa, el enfoque es orientado a otros actores, quienes también, por medio de la violencia, la corrupción y el crimen, imponen reglas propias y sus nombres, como comenta Yammara, “se escriben con mayúscula: el Estado, el Cártel, el Ejército, el Frente” (Vásquez, 2011, p. 18). En este sentido, este listado es un conjunto macabro que recrudece el desequilibrio institucional en múltiples sectores de la sociedad colombiana.

Asimismo, durante el período álgido de Escobar (a partir de 1980) hasta su muerte (en 1993), el texto aborda los numerosos homicidios perpetrados por el cártel en contra de figuras prominentes: el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla (1984), el director del periódico El Espectador Guillermo Cano (1986), el senador del partido Liberal Luis Carlos Galán (1989) y, culminando tan repugnante lista, el asesinato del político conservador Álvaro Gómez (1995). Sin embargo, el impacto violento y aterrador del narcoterrorismo a las esferas públicas es resumido por la explosión del vuelo de Avianca en 1989. La explosión de un Boeing 727-21 fue mandada por el capo Pablo Escobar, con la que pretendió eliminar a su acérrimo enemigo, el prominente político César Gaviria. En un juego de espejos, Vásquez (2011) recrea ese macabro episodio con la explosión del vuelo 965 de la aerolínea American Airlines, en la cual viaja la esposa de su amigo Laverde. Este artificio funciona como un desdoblamiento que acentúa la iteración de esa violencia en el tejido textual, un universo metódico y constante de heridas a nunca sanar. Es de esta manera que las referencialidades del entramado histórico contemporáneo colombiano permiten a Vásquez (2011) crear ese agudo contraste entre el *locus continuo* de esa violencia pasada y los remanentes efectos físicos y psicológicos en su presente.

³ Entre los años de 1946 a 1957 se dan numerosos casos de violencia en el interior de Colombia que provocan una fragmentación política, social y cultural en el país. Este período de brutalidad política entre facciones partidistas, denominado la Violencia, deja un total de 200 000 homicidios. Pese al clima imperante de inestabilidad, se logra ejercitar el sufragio, resultando ganador Laureano Gómez (1950-1953). Para 1953, un golpe de estado despoja del poder a Gómez y el general Rojas Pinilla se apodera de la presidencia (1953-1957) (Bushnell, 1993). Ver también *Una historia política de Colombia del siglo XIX al Frente Nacional* de Tirado Mejía (2022).

La obra introduce al lector a una serie de sitios y eventos comunes de la historia del narcotráfico, trazándolo desde sus estadios incipientes hasta las consecuencias aún reconocibles en el 2009, y, por consiguiente, a la alargada y turbulenta historia de Colombia. El propósito del presente trabajo es analizar esa realidad desbordante y violenta, así como sus efectos colaterales, mediante el significado que adscribo a la herida de bala de la cual es víctima el narrador-testigo, el profesor de abogacía Antonio Yammara. En el momento inicial del impacto, la herida que sufre el protagonista, esa laceración en su dermis, no está sujeta al registro inmediato de la memoria; por lo tanto, no es este instante en que el reconocimiento cognitivo de esa experiencia traumática reside. En este sentido, la experiencia del trauma⁴ no tiene manera inmediata de codificarse, pues el trauma es “*a belated experience*” (Caruth, 1995, p. 7); por lo tanto, esta vivencia permanece alojada en los resquicios profundos de la memoria hasta el momento en que ese trauma se manifiesta en otro espacio-tiempo diferente al momento en el que ocurre el evento original (Caruth, 1995). Podemos afirmar que lo que persigue a la víctima no es solamente la memoria del acto violento, sino también el ejercicio continuo de reproducción y repetición de los eventos, esa compulsión de repetir razonada en la etiología del trauma de Freud (1920/1961a) como el deseo de convocar lo olvidado y reprimido. Asimismo, la experiencia del trauma en su aparición tardía no solo explora el conocimiento del evento original y su repetición, sino también la complejidad que emana de ese acto de “*knowing and not knowing*” (Caruth, 1995, p. 4). En este contexto, la herida del personaje Yammara es una historia que se genera a base de referentes espacio-temporales que dislocan e irrumpen en el sujeto sobreviviente del trauma mediante un ejercicio de repetición y el continuo resurgimiento de aquello conocido y desconocido —*knowing and not knowing*—.

Vásquez (2011) reconcilia la etapa del trauma físico en una serie de patologías: los trastornos de estrés postraumático (TEPT⁵), *flashbacks*, los estragos remanentes de la dolorosa recuperación física, problemas sexuales y el sufrimiento constante característico de dicha etapa⁶. Al

⁴ El término “trauma” se deriva de la palabra griega *τραύμα*, la cual significa herida. En el campo de la medicina, esta palabra, a partir del siglo XVII, se utilizó para designar una herida en el cuerpo causada por un agente externo; desde ángulos fisiológicos, se emplea comúnmente para designar la laceración a la epidermis y la dermis del paciente. En la literatura psicoanalítica y partir de Freud, el trauma se enfoca en la laceración a un nivel síquico y, más adelante, en la diversidad de síntomas que se manifiestan en aquellos que sobreviven un evento traumático, por ejemplo: shocks de guerra, trastorno de estrés postraumático (TEPT), histeria, accidentes industriales, el síndrome del sobreviviente, entre otros. El trauma, como laceración violenta, abre una nueva brecha de estudio hacia el que lo sobrevive y quien vive en carne propia los efectos colaterales y el recuerdo del evento. Este recuerdo reaparece paradójicamente, en un desplazamiento temporal del pasado al presente, y la repetición de ese suceso se impone en la mente y realidad de la víctima para apuntar a aquello que no ha sido observado bajo la misma luz (Luckhurst, 2008). Ver también la colección de diversos críticos del trauma social, editada por el crítico colombiano Ortega (2011).

⁵ La definición del PTSD o TEPT, desarrollado por Black y Grant (2014), anota que una de las características de un individuo que sufre de TEPT, en breve, es que:

The individual may have recurrent, involuntary, and intrusive recollections of the event (B1). The emphasis is on spontaneous or triggered recurrent memories of the event that usually include sensory, emotional, or physiological behavioral components [. . .] There may be dissociative states during which components of the event are relived and the person behaves as though reexperiencing the event. Dissociative reactions (“flashbacks”) are typically brief but may cause great distress (B3). (p. 182)

⁶ Desde las tragedias griegas, el dolor y la pena en el cuerpo herido de sus héroes revelan una meditación acerca del significado de esas heridas —sean estas heroicas o abyectas—. Berzins McCoy (2013) arguye que, en *La Iliada*, la herida y el sufrimiento de héroes como Aquiles, quien inicialmente rechaza la vulnerabilidad de su herida, eventualmente, por medio de un proceso de reconocimiento, acepta y entra a esa vulnerabilidad que le otorga el haber sido herido y le permite adentrarse a la universalidad del dolor humano. Tal como se observa en el texto de Vásquez (2011), cuando el personaje discurre acerca de su dolor físico y psíquico (el cual poco a poco lo lleva a interrogar los motivos de la muerte de Laverde), esa historia le permite reflejarse en los sucesos de una colectividad, al igual que a nivel individual.

sufrir el trauma físico, en su estado emocional, perceptivo y somático, parece cerrarse inicialmente a toda posibilidad de cura. Sin embargo, en Yammara, el giro determinante, su capacidad de poder reconocer el momento traumático resulta de una conexión que se produce en un espacio-tiempo distinto, el cual ocasiona, en su mente, recordar el evento e instante de su trauma. La noticia de ese hipopótamo acribillado, difundida por los medios, sustenta la conexión con el momento en que él es víctima de los sicarios. Recordemos que, en el instante de ser baleado, Yammara no reconoce sufrir un trauma, su valor ha de conferírsele de manera diferida, esto supone que el trauma es constituido por la relación entre dos acontecimientos o experiencias: un primer acontecimiento en el pasado y un segundo develado posteriormente. Es solo en ese momento que se reconoce su significado traumático, a la vez que se identifica la razón por la que fue reprimido (Laplanche, 1999). Por lo tanto, argumentar la herida sufrida por el personaje como un móvil a la reflexión y a la búsqueda de respuestas de su condición existencial presente es acertar que dicha herida constituye una voz ineludible que se repite. Es así que ese yo (Yammara) reflejado en él (Laverde) aumenta el desconcierto del personaje, al darse cuenta de que el yo no es más que él mismo (Freud, 1939/1961b) en sus diversas iteraciones. Al visualizar la temática de la herida como una imagen en movimiento que penetra la dermis, partiendo del espacio social, para luego instalarse como elemento extraño y permanente en la sique del protagonista, se le confiere un carácter de símbolo elocuente e integral de la narración, el cual enlaza el trauma a niveles individuales y colectivos.

2. El hipopótamo

El catalizador, en la historia personal de Yammara, y propiciador del recuerdo del personaje Ricardo Laverde viene a ser la imagen de la caza y subsecuente desmembramiento de un hipopótamo en el año 2009⁷. El enfoque mediático recibido por la crónica de dicho evento suscita un diálogo que arbitra su relevancia a varios niveles. Por un lado, y sin aludir exclusivamente a los excesos de Pablo Escobar en su momento, existe la asociación casi obligatoria e ineludible que se relaciona con la superfluidad excéntrica derivada de la cultura del narcotráfico⁸. En cuanto a la caza del hipopótamo, como animal extranjero a la región, no solo se acusan daños materiales perpetrados por el animal, sino que este representa también una amenaza para los lugareños. Así, se desemboca en la conclusión lógica, por parte del gobierno, de eliminarlo:

Los francotiradores que lo alcanzaron le dispararon un tiro a la cabeza y otro al corazón; (con balas de calibre .375, pues la piel de un hipopótamo es gruesa); posaron con el cuerpo muerto, la gran mole oscura y rugosa, un meteorito recién caído; y allí, frente a las primeras cámaras y los curiosos, [. . .] explicaron que el peso del animal no iba a permitirles transportarlo entero, y de inmediato comenzaron a descuartizarlo. (Vásquez, 2011, p. 13)

Le confiero otro nivel de interpretación a esta escena, uno de referencias más abiertas que posibilita aproximar el significado de mundo, el cual surge a partir de este entorno aparentemente

⁷ Tras la muerte de Escobar en 1993, la antigua hacienda Nápoles y su parque zoológico, ubicado a 250 km de Bogotá, quedaron desprotegidos y los hipopótamos escaparon, se reprodujeron y empezaron a causar daños a los granjeros. Para el año 2009, el gobierno decreta, por seguridad pública, la aniquilación forzosa de tres hipopótamos, ya que representan un problema medioambiental y son considerados una especie invasora (Calderón, 2011).

⁸ Faciolince (2008), en su ensayo “Estética y Narcotráfico”, anota cómo el mafioso, con su nueva riqueza, pone de moda “la ostentación de los objetos, el gigantismo, la estridencia” (p. 514) como un signo del nuevo rico.

sensacional del paquidermo asesinado. Según Ricoeur (1985/2004), el ejercicio de narrar enfatiza, por medio de la referencia metafórica, la redescritión de una realidad en un principio suprimida, pero que adquiere, en esa segunda reaproximación semántica, una nueva congruencia de la condición ontológica del personaje. Es pertinente, entonces, observar el sentido inicial de dicha escena como la referencia indubitablemente alegórica de la situación de la Colombia en el presente histórico, la cual describe el protagonista.

La metáfora que torna al hipopótamo en “un meteorito recién caído” (Vásquez, 2011, p. 13) permite interpolar una serie de conclusiones que explican, mediante un lenguaje asociativo, su significado. Es decir, el hipopótamo, así como el meteorito, son dos cuerpos extraños: el primero como especie extranjera en la fauna de la región; el segundo, ajeno, extraterrestre para el paisaje natural colombiano. Ambos hacen daño a su geografía e, incluso, la imagen del animal descuartizado como valor discursivo de la división en la sociedad colombiana es posible. En una aproximación suplementaria de dicha escena y distanciándose de las conclusiones anteriores, se puede argumentar que el sentido de objetivación y exteriorización del tiempo, así como el de la realidad, es acentuado a través de ese lenguaje simbólico y metafórico. Cuando Yammara se enfrenta, por primera vez, a las imágenes antes citadas y puede dar seguimiento a dicha historia mediante los diferentes medios de comunicación, los lectores son partícipes de un momento revelador que abre las puertas a su pasado, ese instante, hasta entonces desconocido, se manifiesta en el accionar del personaje reconociendo su trauma. La imagen, en los medios de comunicación, del animal siendo cazado y vencido permite acceder al espacio psíquico y a la memoria de Yammara:

[...] mientras seguía la cacería a través de los periódicos, me descubrí recordando a un nombre que llevaba mucho tiempo sin ser parte de mis pensamientos, a pesar de que en una época nada me interesó tanto como el misterio de su vida. (Vásquez, 2011, p. 14)

En el momento de la caza del hipopótamo, Yammara se siente acosado por el recuerdo persistente de Ricardo Laverde y por el pasado en que una serie de eventos circunscriben y definen un período preciso de su vida: el momento cuando es baleado por un sicario. Esta experiencia traumática no se registra como evento original o violento en ese pasado, es decir, “*the way it was precisely not known in the first instance*” (Caruth, 1996, p. 4), sino que dicha experiencia habrá de retornar “*to haunt the survivor later on*” (Caruth, 1996, p. 4). Las imágenes de esa caza motivan una fase importante del ejercicio de la memoria: la recuperación de ese evento como síntoma de su trauma; o sea, una representación que despliega su fuerza oculta como parte intrínseca de la cotidianidad de aquel quien lo ha sufrido. A partir de este momento en el discurso narrativo, Yammara revela a los lectores esa parte de su historia y la de Laverde, esa vivencia reactivada en la memoria por el suceso violento de la caza de un hipopótamo. Por lo tanto, en el discurso, la violencia encarnada en las imágenes de la muerte del paquidermo y el desbarajuste de opiniones públicas empujan, al presente, las memorias de ese pasado, ese tiempo pretérito que ahora vuelve a ocupar su pensamiento. Dicho episodio —el colapso y la aniquilación del cuerpo del animal— obra como replicación del accidente original, solo que en un espacio-tiempo distinto (en 2009) y, por medio de ese recuerdo tardío, Yammara habrá de gestionar su historia.

Contrario a lo que sucede con relatos donde el sicario y la violencia son dos códigos utilizados para manipular un espacio exótico y violento⁹, aquí, el relato de Vásquez (2011), como he anotado anteriormente, abandona esa fórmula literaria de estereotipos. Vásquez (2011) forja un discurso que comprende la esencia de lo que, en 1959, afirmara García Márquez acerca de la novela de la violencia: “la novela no estaba en los muertos de tripas sacadas, sino en los vivos que debieron sudar hielo en su escondite” (García Márquez, como se citó en Vásquez, 2018, p. 93). La acotación de García Márquez permite aducir que el trauma de Yammara, víctima involuntaria de un acto violento y parte de una generación de colombianos que sobreviven al embate de un conflicto que sacude a la nación, proyecta un mecanismo duplicativo del yo en el discurso narrativo, esa serie de dobles que determinan una repetición compulsiva de esa experiencia traumática que parece no tener fin.

3. El doble

Uno de los aspectos que se analizan con relación al trauma es el proceso de la recurrencia que trae a la memoria esa comprensión postergada del evento traumático. Previamente, he discutido la relevancia de esas imágenes violentas del hipopótamo descuartizado y de cómo su divulgación, por los medios de comunicación, le confieren un espacio físico-temporal a la memoria del trauma vivido. Este evento signado en la mente del profesor trae, a su presente, esa memoria que ha permanecido relegada; es aquí donde él, en un acto de concreción, le atribuye un significado a esa memoria. No obstante, el impacto doloroso del trauma habrá de exponerse en la reproducción sorprendente de eventos sobre los que el personaje sobreviviente no posee control y que, sin embargo, nos ofrece la posibilidad de analizarlos desde la óptica del doble.

La aplicación de este análisis de conceptos como el desdoblamiento, y su alusión literaria en varias escenas puntuales del texto, se logra mediante una de las acepciones más discutidas por Freud (1919/1955) en *The Uncanny*. Este *doppelgänger* enfatiza el sentido del miedo a la contaminación de cuerpo a cuerpo y siendo el sujeto, tal como lo discute Freud (1919/1955), el que provoca una identificación con ese otro; incluso, el doble como un componente ominoso (*uncanny*¹⁰) opera bajo el concepto de “*repetition of the same thing*” (Freud, 1919/1955, pp. 236-237). Este efecto ominoso en la novela de Vásquez (2011), ese intercambio de vidas, me lleva a reafirmarlo como parte integral para comprender la crisis violenta vivida por Yammara y la repetición propiciada en un espacio-tiempo distinto, la cual se apoya en el deseo de convocar eso que ha permanecido oculto. Asimismo, el evento y su repetición, en este análisis, se comprenden en su acción diferida o retroactiva (*afterwardness*).

Este acontecimiento traumático es constituido por la relación entre esas dos experiencias que irrumpen en el espacio de la sique como un mensaje que se desplaza desde estos dos eventos, de un evento al otro, este último sin haber sido asimilado (Laplanche, 1999). Laplanche y Pontalis (1974) estipulan que dicha acción diferida actúa sobre “*whatever has been impossible in the first instance to incorporate fully into a meaningful context. The traumatic event is the epitome of such unassimilated*

⁹ En términos de un análisis de las obras que abordan la temática de las novelas del narcotráfico, o la narco-narrativa, hay algunos estudios que examinan los parámetros taxonómicos aplicados a este subgénero: *El narcotráfico en la novela colombiana* (Osorio, 2014) y *El sicario en la novela colombiana* (Osorio, 2015). Este crítico (Osorio, 2014 y 2015) estudia el corpus de novelas del narcotráfico y la figura del sicario. Ambos textos proveen un riguroso estudio y análisis de la estética del narcotráfico y los fenómenos asociados al mismo, tales como la violencia y el caos social, en varios ejemplos de la producción narrativa de esta región.

¹⁰ De acuerdo a Zilcosky (2021) para Freud, lo ominoso “*claims this only for ‘the world of fiction.’ [...] we now see how it pertains to uncanniness in general. Like the war neuroses themselves, uncanniness always concerns someone’s else’s trauma*” (p. 66).

experience” (p. 112). El sujeto entonces observa, comenta y reinterpreta su experiencia traumática, como veremos, siguiendo una dirección temporal: del pasado al presente, ya que, como indica Laplanche (1999), “*the past already has something deposited in it that demands to be deciphered*” (p. 269). La repetición conferida a este acontecimiento apunta a la presencia de un otro, aquello que regresa para ser recordado incisivamente por la persona que ha sufrido un evento doloroso, en este caso Yammara, y que puede delinarse de la siguiente manera: (1) se observa el momento del despertar de su conciencia donde aquellos hechos son evaluados de manera retroactiva, (2) el trauma vivido reaparece, y (3) el regreso incisivo de ese pasado que lo persigue y asedia en el presente, un pasado que resurge repetido como una presencia ominosa en la vida cotidiana y del que ya no puede negar su existencia; es decir, Yammara registra su relación de oposición con esa alteridad.

3.1. La conciencia retroactiva

El despertar de la conciencia es reconocer el principio mediante el repaso retroactivo de los eventos; es decir, es el acto de regresar al momento inicial que propicia la presencia del doble. La rememoración de Yammara lo ubica en esos primeros encuentros billaristas que mantiene con Ricardo Laverde en el centro de Bogotá. En estas reuniones informales entre carambolas, el abogado va descubriendo, a cuenta gotas, algunos antecedentes de la vida de este personaje lacónico y reservado. El cotilleo de otros le advierte sobre su condición de exconvicto, su paulatino acercamiento a Laverde es la acción que le permite enterarse que él está casado con una mujer norteamericana y la curiosidad que generan sus modales y apariencias contradictorios es lo que le empujan a cuestionarlo sobre su ocupación de piloto. Estos detalles cobrarán una relevancia determinante en el porvenir de la historia.

Este momento marca el instante preciso en que se le cuestiona a Laverde sobre el tipo de piloto que era y, enfrentado por tal indagación, Laverde responde agresivamente. Ante el despliegue violento de su respuesta, se produce, en la mente de Yammara, una cavilación que, en retrospectiva, prefigura la presencia de un doble: “Este hombre no ha sido siempre este hombre. Este hombre era otro hombre antes” (Vásquez, 2011, p. 29). Dicha reflexión origina, en Yammara, el poder identificar el desdoblamiento de Ricardo Laverde en aquel instante y reconocer el suyo desde la comprensión que le otorga la experiencia de los años y que, en aquel punto pasado, no poseía. Es decir, se aborda el antes y el después en la persona de Laverde, lo cual se extiende al pasado y al presente de Yammara. Dicho escenario inicial es un augurio del contagio que se produce mediante la relación de amistad entre Yammara y Laverde. Por lo tanto, la existencia del contagio en el discurso narrativo confirma, como indica Freud (1919/1955), ese “*dividing and interchanging of the self*” (p. 234); un doble, entendido en un acto de repetición, lleva también el signo del desamparo y despierta un sentimiento ominoso en el protagonista¹¹, quien se encuentra rememorando aquellas reflexiones iniciales, aquel nombre y aquella historia.

El registro original de estas frases no expresa la posibilidad de una lectura fantástica en la cual Yammara o Laverde regresan a otra vida, tampoco promueve un plano en el que ambos disfrutaran de una existencia distinta. La profunda reflexión antes atribuida a Yammara posee, sin embargo, la capacidad de enmarcar la calidad retroactiva del trauma, la incertidumbre que padece el individuo que

¹¹ Freud (1919/1955) relata que, en un viaje a Italia, se extravía en una zona poco reputable de la ciudad y, por más que intentaba llegar a otro punto, siempre regresaba al mismo lugar; ese acto inconsciente de repetir es parte de la experiencia humana, pues hay un sentido ominoso (*uncanny*) en ese acto de repetición y desamparo que provoca la situación.

ha atravesado por dicha experiencia y que vincula la vida de ambos personajes a ese mecanismo duplicativo. Por lo tanto, este evento diferido, el cual se entiende aquí como la reinterpretación retrospectiva del material que ha sido oculto, señalado por Laplanche (1999), viene a ser lo que lleva al profesor a tratar de narrar los orígenes del evento, así como continuar descubriendo detalles importantes acerca de la vida de Laverde. En este contexto, el acontecimiento ha estado latente y solamente en una segunda instancia, su repetición, es que se manifiesta apuntando nuevamente a un principio de alteridad.

3.2. Y eran una sola sombra larga

El segundo ejemplo de este doble, en la diégesis, tiene su origen en la existencia de una cinta de casete, la cual Laverde tiene en su posesión y requiere escuchar. En esta escena, Laverde pregunta a Yammara si puede facilitarle una grabadora. Acto seguido, ambos visitan la casa-museo del poeta José Asunción Silva, la cual posee el aparato de sonido que Laverde requiere. Mientras el pensamiento de Yammara se distrae en la vida trágica del poeta, para luego darse a escuchar el poema *Nocturno* de Silva, Laverde, por su parte, rompe a llorar al escuchar el contenido de la cinta, el cual resulta ser la grabación de la caja negra¹² de la explosión del vuelo de American Airlines 965¹³, donde había muerto su esposa norteamericana, Elena Fritts¹⁴.

Yammara, quien ignora lo sucedido y trata de ofrecer privacidad a Laverde, no se percata del momento en el que su amigo abandona el local. Yammara sale en su búsqueda y lo encuentra a un par de cuadras. Durante el tiempo en que Laverde camina en silencio, se observa al profesor corriendo tras de él, repitiendo en su mente, en sonsonete, el verso de Silva: “Y eran una sola sombra larga” (Vásquez, 2011, p. 48). Este verso que se repite funciona como una plegaria que eleva su naturaleza premonitoria; ya que determina como ambos —Laverde y Yammara— se fundirán en una sola experiencia oscura y fatal. En este preciso momento que sus vidas, se imbrican y el tiempo, por efecto de la aliteración “sola sombra larga”, parece extender los segundos en que ocurre la escena. Aquí, se confirma tanto un desdoblamiento del tiempo como la contaminación de los personajes. En la novela, este efecto prolonga la inevitable muerte física de Laverde y el instante del descenso o caída física y síquica de Yammara. Es más, podemos afirmar que la cita de los versos de Silva¹⁵, uno de los poetas más importantes de Colombia al que asociamos con una compleja y tortuosa existencia, recalcan aún más la naturaleza premonitoria de toda esta escena.

El poeta Paz (1998) anota que, en un momento de la historia de la humanidad, el individuo, en su capacidad infinita, descubre su otro, uno al que antes no tenía acceso y este viene a ser el universo

¹² Con respecto a la grabación de la caja negra en la obra, González (2016) anota que “es un símbolo de la propia novela [. . .], es un evidente sucedáneo de la escritura, es otra forma de escritura, en la cual se conserva y reproduce la dimensión sonora y se reduce al mínimo la visual” (p. 476).

¹³ Este evento es una referencia directa al vuelo de Avianca, un Boeing 727-21 que, en el año de 1989, dejó un saldo de 110 víctimas. Este acto terrorista, perpetrado por el capo Escobar, va dirigido al candidato presidencial César Gaviria (Escobar, 2017).

¹⁴ En “On Some Motifs in Baudelaire”, Benjamin (1940/2003) anota que las experiencias con las nuevas tecnologías y las ciudades modernas “[have] subjected the human sensorium to a complex kind of training” (p. 328). Este entrenamiento al que alude Benjamin (1940/2003) y los diferentes procesos que el individuo experimenta, comenta el autor, crean una serie de colisiones o *shocks*, es decir, un trauma. En este sentido, el ejercicio y el efecto subsecuente de escuchar la grabación de la caja negra crea ese *shock* auditivo que se repite en la memoria de los personajes. Propiamente, este acto de reproducción también multiplica la experiencia del trauma vivido en la vida de aquellos que escuchan esta grabación, Laverde, Yammara y Maya.

¹⁵ Salvi (2010) afirma que, en el trabajo poético de Silva, es “la sublimación de una vida en canto, en lágrimas y rabia en una mezcla de formas que demuestra su modernidad” (p. 192).

síquico; puesto que, “vivimos en un universo infinito y estamos destinados a desaparecer para siempre. Nuestra condición es trágica [. . .]” (Paz, 1998, p. 21). Bajo esta óptica, el significante de la sombra en los versos de Silva pone de manifiesto, también, la calidad indefinible, lúgubre y efímera del ser humano; asimismo, la connotación de la sombra elongada y oscura, por la carencia de luz, subraya el espacio del trauma¹⁶. Esa oscuridad se prolonga a la siguiente escena, en la cual el contagio con la vida del otro ocurre en el instante fatídico cuando los dos sicarios¹⁷ en motocicleta asesinan a Laverde y hieren a Yammara. El hombre apático y frío que es Yammara, de manera abrupta, se convierte en víctima colateral de la campaña de violencia perpetrada por el narcotráfico en contra de todo un país. Una campaña violenta sobre la que él se manifiesta solamente después de ser uno de los perjudicados de dicho terror. Yammara registra ese violento instante en el que es atacado por los sicarios de la siguiente manera:

[...] vi la moto bajando a la calzada con un corcoveo de caballo [...] vi las cabezas sin rostro que nos miraban y la pistola que se alargaba hacia nosotros tan natural como una prótesis metálica, y vi los dos fognazos, y oí los estallidos y sentí la brusca remoción del aire. (Vásquez, 2011, p. 49)

El empleo de tres verbos claves en esa secuencia —ver, oír y sentir—, codificados en la experiencia del cuerpo y la memoria de manera violenta, remiten a la compleja e indeseable realidad social en la que se encontraba Colombia. Ese momento articulado por Yammara confirma un acto de auto-observación (Freud, 1919/1955): la identificación de sí mismo con ese otro (Laverde) y el despertar de su conciencia ante los hechos violentos que afligen a toda una nación. El terror implantado en la memoria de esa escena no pretende que el lector se quede con la imagen de los sicarios y el arma, sino también con la experiencia vicaria de todo aquel instante. En este caso, la impetuosa carrera de Yammara tras Laverde y la detonación sonora hasta el ver, el oír y el sentir de aquella secuencia tétrica de “dos cuerpos cayendo sin ruido” (Vásquez, 2011, p. 49) confirman ese intercambio de vidas y, por extensión, el trauma síquico y físico que sufrirá el profesor. Aquí, el texto permite conjeturar y aducir que dicho ataque hace visible dos niveles de la historia: uno de fracturas personales y otro de la Colombia durante esos años de conflicto. En este caso, la bala está dirigida a Laverde, pero será Yammara quien sufrirá en carne propia los estragos de la recuperación física y el estrés postraumático.

3.3. No antes, no mientras, no después. Siempre

Yammara solamente se da a la tarea de inquirir sobre la existencia de Ricardo Laverde, así como del contenido de la misteriosa grabación de la caja negra del vuelo 965—una vez sale de su prolongado período de recuperación física por la herida de bala—, además de que sufre los efectos del estrés

¹⁶ En una entrevista llevada a cabo por Caruth a Geoffrey Hartman, acerca del trauma, el crítico anota puntualmente que, en un verso del poeta Woodsworth, “*at one stride comes the dark*” y afirma que este “[i]maginatively, if there is no twilight then you are already in the zone of trauma” (Caruth y Hartman, 1996, pp. 640-641), algo que yo observo en esta parte del verso de Silva y la sombra.

¹⁷ El sicario cobra relevancia como una figura prolongada y sostenida por las estructuras criminales que desarrollan y evolucionan mediante el tráfico de estupefacientes. Tal como lo observan los críticos Salazar y Jaramillo (1992), estos jóvenes asesinos ya habrían sido utilizados con los mismos fines en las peleas entre pandillas rivales, desde los años setenta, en las comunas más pobres. No obstante, será Pablo Escobar quien aproveche los grupos de pandilleros y los emplee como asesinos a sueldo y los asesinatos van a convertirse en todo un negocio productivo y redondo. El narcotráfico, entonces, es el que ha de financiar de forma directa “escuelas para la formación del entrenamiento de sicarios” (Osorio, 2014, p. 20), corrompiendo, a la vez, a toda una generación de hombres jóvenes. El flujo de dinero en tal caso engendra un ambiente enrarecido en el que estos adolescentes son forzados a probar su masculinidad y a servir como guerrilla urbana para vengar traiciones (Polit Dueñas, 2013, p. 139).

postraumático y los recuerdos perturbadores que lo atormentan. El trauma físico y psicológico del profesor, un trauma que (hasta ese momento) comprendía únicamente a nivel íntimo y personal, adquirirá otras connotaciones en su viaje a Las Acacias, la finca de Maya —hija de Laverde—. En este viaje, Yammara tiene acceso a diversos documentos personales que esclarecen la compleja vida familiar de Laverde. La historia de Laverde se filtra en la narración a través de una serie de documentos personales y objetos asociados a eventos históricos reales de Colombia. Aquel cuerpo compuesto de cartas, fotografías, telegramas y un número de la revista *Cromos* (del año 1968) que dedica páginas al suceso de un accidente aéreo ocurrido 30 años atrás (Vásquez, 2011), y el cual está ligado a los orígenes de la familia Laverde, no logran establecer, mediante su lectura e interpretación, una versión definitiva de la historia familiar. Sin embargo, gracias a Maya, Antonio logra comprender y llenar los vacíos acerca de la vida del misterioso Laverde.

La relevancia asignada a la cultura material que representan dichos objetos y documentos es el de una transformación por ser personalizados por Yammara, ya que él se encuentra reflejado como parte de ese espacio de circunstancias e historias ajenas. Incluso una camisa que encuentra por ahí fortuitamente, una camisa de hombre cualquiera, lo lleva a figurarse que, al ponérsela, lo hace parecerse a Ricardo Laverde: “lo imaginé a él, con la camisa puesta; en la imagen que me figuré por alguna razón, se parecía a mí” (Vásquez, 2011, p. 130). Por consiguiente, la identificación que experimenta con la vida del otro es ya irrefutable. Las cosas en ese espacio lo hacen recordar y proyectar esa compulsión al acto de repetir, el cual se impone, desde el pasado, como algo que debe observarse. El personaje Yammara substituye, una vez más, “*the extraneous self with his own*” (Freud, 1919/1955, p. 234). Precisamente en ese viaje a la finca de Las Acacias, sus impresiones y conjeturas iniciales acerca de ese otro que es Laverde parecen confirmarse, así como la comprensión de los motivos que propiciaron la muerte de Laverde: el dinero y su trabajo como piloto¹⁸ para el narcotráfico¹⁹. La trágica historia de la familia constata y ejemplifica, mediante la documentación, la cinta de casete y la memoria, la circularidad de los eventos destructivos en su incesante repetición como un eterno retorno.

Tal como hemos observado en esta discusión, el proceso temporal del trauma se reproduce bajo un mecanismo duplicativo. Asimismo, el conocimiento de la existencia de todos esos objetos que reverberan en el tiempo y el espacio provoca, en el acto de su lectura, de la escucha del trauma y su repetición, un efecto adverso; en vista que el trauma vivido parece no tener final, no antes, no mientras y no después, su alteridad está atrapada en el incesante duplicar de la experiencia (Laub, 1992) y la cual parece imposibilitarle, a Yammara, reconciliar los eventos. En efecto, es el mismo personaje el que lamenta que:

¹⁸ Esto último coincide con varios incidentes que señalan el rol de Laverde como referente en múltiples momentos de la historia del narcotráfico; por ejemplo, el desarrollo de la industria del tráfico de estupefacientes durante las décadas de los sesenta, así como su crecimiento y expansión en las décadas de los setenta y ochenta. Entre los múltiples documentos leídos por el narrador, también enfatiza la participación de Laverde en algunos de los sucesos claves del conflicto en Colombia: el tráfico de marihuana, la llegada de los miembros de los Cuerpos de Paz que arriban desde los Estados Unidos y la participación de algunos de ellos quienes sirven de contacto para los narcotraficantes, así como el uso de pilotos privados para la distribución de la cocaína en el extranjero —labor en la que participa Laverde y, de manera indirecta, la madre de Maya, Elena Fritts.

¹⁹ Valencia (2018) anota como el tráfico de estupefacientes no solo crea una economía que sustenta la violencia y también resignifica la acepción tradicional de trabajo, sino que “enlaza con transversales como hiperconsumismo y reafirmación individual, al mismo tiempo que preserva su obediencia a las demandas de género hechas a los varones, cristalizadas por medio del trabajo” (Valencia, 2018, p. 313).

[...] cuando yo había pasado ya por los documentos y sus revelaciones [. . .] sentía otras cosas, algunas inexplicables y sobre todo una muy confusa: la incomodidad de saber que aquella historia en que no aparecía mi nombre hablaba de mí en cada una de sus líneas. (Vásquez, 2011, p. 138)

Efectivamente, la historia personal de Laverde, aludida en la cita anterior, es la que se vuelve ahora su historia y, por extensión, la historia de una época del pueblo colombiano en sus diferentes iteraciones. El reconocer esta condición que lo define y aúna a la vida de Laverde no contribuye a trascender su presente; es más, el estar ante esa duplicación inevitable, vía el reconocimiento consciente, sugiere que esa historia también se repite a través de generaciones anteriores. Tomando en cuenta esta transferencia del trauma a sus varias generaciones, LaCapra (2004) anota que, en ciertos momentos, “[a] [s]econdary traumatization may even occur in those reacting only to representations of trauma” (p. 114).

El trauma heredado, desarrollado y producto de experiencias vividas indirectamente tiene su origen en ese viaje a la finca de Maya. A través de ese proceso de identificación con la experiencia de Laverde, en ese capítulo final de la novela, se argumenta como parte y producto de la problemática que conlleva a la lectura de un trauma secundario, como lo anota LaCapra (2004). Esto último se registra cuando Yammara acota que “[m]i vida contaminada era mía” (Vásquez, 2011, p. 216). Tal vida es producto de la historia de la violencia y el narcotráfico y de una historia que contamina: “sobre todo la mía, la generación que nació con los aviones, con los vuelos llenos de [...] bolsas de marihuana, la generación que nació con la Guerra contra las Drogas y conoció después las consecuencias” (Vásquez, 2011, pp. 216-217). Si bien esta generación a la que hace referencia el profesor vive con las heridas de ese trauma, de manera similar, lo experimentaron otras generaciones antes de él; un trauma transgeneracional en el cual “[v]iolent histories generate psychic deformations passed on from generation to generation” (Schwab, 2010, p. 3). Tomando en cuenta esta transferencia del trauma a sus varias generaciones y los parámetros de la historia turbulenta en Colombia, que por esos años afecta a múltiples sectores de la población, la infección y el trauma reconocido por el profesor en la novela también alcanza y se manifiesta en otras generaciones: en la suya propia, en la de Maya y la de sus padres, quienes también son presentados, en el texto, como víctimas de la desestabilización provocada por el narcotráfico a todos sus niveles.

7. Conclusiones

La conceptualización y aplicación del trauma que formulo a lo largo del presente ensayo, como se ha observado, responde a tendencias teóricas y metodológicas pluralistas identificadas en los estudios del trauma literario. Estas tendencias permiten aproximar la relación lógica de las representaciones textuales del trauma, a la vez que revelan su impacto violento —físico o psíquico— mediante diversidad de valores a nivel individual y cultural de lo entendido por ego, memoria y sociedad. La experiencia del trauma en la novela *El ruido de las cosas al caer* (Vásquez, 2011) la presento mediante elementos temáticos esenciales ligados a la herida de bala de la que es víctima el personaje Antonio Yammara. El trauma se analiza como la laceración violenta y física que sobrevive los efectos colaterales y el recuerdo de una realidad inicialmente suprimida.

Los excesos extravagantes de la cultura del narcotráfico son los que abren una brecha que permite considerar diversas aproximaciones semánticas y congruencias alegóricas asociadas directamente al animal extranjero aniquilado, fijando, a la vez, una línea directa con el principio

catalizador: el reconocimiento de esa memoria postergada, o sea, la acción diferida o retroactiva propiciada en un espacio-tiempo distinto que se apoya en el deseo urgente de convocar eso que ha permanecido oculto. Es la caza del hipopótamo la que agita el evento traumático y sus síntomas. El acto de recordar equivale a reabrir la herida y sufrir nuevamente el trauma físico en su estado emocional, en su facultad perceptiva y capacidad somática. El acto del recordar recurrente equivale a un mecanismo duplicativo que ofrece claves en el proceso de identificar y descifrar los complejos niveles de representación de la experiencia del trauma que vertebra la vida de Yammara.

Es así que, ciudadano y víctima, Yammara es la proyección de un mecanismo duplicativo del yo como el otro, ese yo (Yammara) reflejado en él (Laverde) como producto desconcertante de reconocer, en la experiencia de Laverde, la suya propia. Este concepto de desdoblamiento, como lo observo, ahonda en el proceso de recurrencia que planta, en la memoria, la necesidad de comprender y otorgar un significado al evento traumático. A partir del examen semiótico de ecos, de voces, de sonidos, de caída de cuerpos, de versos y objetos, el *doppelgänger*, como he argüido, subraya y da clara significación a la herida a un nivel síquico. La herida es un trauma que se manifiesta en esa alteridad y en su inevitable repetición, cobrando un carácter ominoso en el simbolismo que se le otorga a través de la constante repetición y la experiencia recalcada por la persona que sufre el *shock* traumático. En consecuencia, un ejercicio por demás necesario es el de enfrentarse a ese pasado violento que se extiende, abarcando a muchos otros de su generación y de generaciones anteriores. Es decir, se trata de una alteridad atrapada en la constante duplicación de su vivencia.

Bibliografía

- Benjamin, W. (2003). On Some Motifs in Baudelaire. En H. Eiland y W. M. Jennings (Eds.), *Selected Writings V. 4, 1938-1940* (pp. 313-335). Harvard University Press. (Obra original publicada en 1940)
- Berzins McCoy, M. (2013). *Wounded Heroes: Vulnerability as Virtue in Ancient Greek Literature and Philosophy*. Oxford University Press.
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199672783.001.0001>
- Black, D. W., y Grant J. E. (2014). *DSM-5™ Guidebook: The Essential Companion to the Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (5ª ed.). American Psychiatric Association.
- Bushnell, D. (1993). *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*. University of California Press.
- Calderón, V. (2011, 1 de marzo). Los hipopótamos de Pablo Escobar. *El País*.
https://elpais.com/cultura/2011/03/01/actualidad/1298934011_850215.html
- Caruth, C. (1995). Trauma and Experience: Introduction. En C. Caruth (Ed.), *Trauma Explorations in Memory* (pp. 3-11). John Hopkins University Press.
- Caruth, C. (1996). *Unclaimed experience: Trauma, Narrative and History*. John Hopkins University Press.
- Caruth, C., y Hartman, G. (1996). An Interview with Geoffrey Hartman. *Studies in Romanticism*, 35(4), 630-652.

- Esch, S. (2021). Hippopotamus Dead or Alive: Animals and Trauma in Narratives of the Drug War. *Revista Hispánica Moderna*, 74(2), 184-199. <https://www.jstor.org/stable/27141895>
- Escobar, J. P. (2017). *Pablo Escobar, mi padre. Radiografía íntima del narco más famoso de todos los tiempos*. Ediciones Península.
- Faciolince, A. (2008). Estética y Narcotráfico. *Revista de Estudios Hispánicos*, 42, 513-518.
- Freud, S. (1961a). *Beyond the Pleasure Principle* (J. Strachey, Trad.). W.W. Norton & Company. (Obra original publicada en 1920)
- Freud, S. (1961b). *Moses and Monotheism* (K. Jones, Trad.; 3ª ed.). Vintage. (Obra original publicada en 1939)
- Freud, S. (1955). The Uncanny. En J. Strachey (Trad.), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud: Vol. 17. An Infantile Neurosis and Other Works (1917-1919)* (pp. 219-252). The Hogart Press. (Obra original publicada en 1919)
- González, A. (2016). Entrando en materia: novela, poesía y cultura material en El ruido de las cosas al caer. *Cuadernos de Literatura*, 20(40), 465-477. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-40.emnp>
- LaCapra, D. (2004). *History in Transit, Experience, Identity, Critical Theory*. Cornell University Press.
- Laplanche, J. (1999). *Essays on Otherness*. Routledge.
- Laplanche, J., y Pontalis, J. B. (1974). *The Language of Psychoanalysis*. Taylor & Francis. <http://ebookcentral.proquest.com/lib/sfasu-ebooks/detail.action?docID=709548>
- Laub, D. (1992). Bearing Witness, or the Vicissitudes of Listening. En S. Felman y D. Laub (Eds.), *In Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History* (pp. 57-74). Routledge.
- Luckhurst, R. (2008). *The Trauma Question*. Routledge.
- Ortega, F. (2011) El trauma social como campo de estudios. En F. Ortega (Ed.), *Trauma, cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio* (pp. 17-59). CES.
- Osorio, O. (2014). *El narcotráfico en la novela colombiana*. Universidad del Valle.
- Osorio, O. (2015). *El sicario en la novela colombiana*. Universidad del Valle.
- Paz, O. (1998). *La otra voz Poesía y Fin de Siglo*. Seix Barral.
- Polit Dueñas, G. (2013). *Narrating Narcos: Culiacán and Medellín*. University of Pittsburg Press.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración: Vol. 1. Configuración del tiempo en el relato histórico* (A. Neira, Trad., 5ª ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1985)
- Rojas, E. (2018). La violencia en Colombia un trauma irreconciliable en El ruido de las cosas al caer de Juan Gabriel Vásquez. *Hispanófilia*, 183, 317-332.

- Salazar, A., y Jaramillo, A. (1992). *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Cinep.
- Salvi, L. (2010). José Asunción Silva para una geografía simbólica de su poesía. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 39, 191-202.
- Santos López, D., y D'ottone Campana, S. (2021). La novela latinoamericana de la violencia del siglo XXI: Vásquez, Trelles Paz y Ávila Pérez, un desafío para un nuevo paradigma de los estudios literarios del trauma. *Journal of Literary and Trauma Studies*, 10(1-2), 169-189. <http://dx.doi.org/10.1353/jlt.2021.a931913>
- Schwab, G. (2010) *Haunting Legacies: Violent Histories and Transgenerational Trauma*. Columbia University Press.
- Tirado Mejía, Á. (2022). *Una historia política de Colombia Del siglo XIX al Frente Nacional*. Debate.
- Valencia, S. (2018). El capitalismo como construcción cultural. En S. Herrera Lizardo y J. Ramos (Eds.), *Droga, Cultura y Farmacolonialidad: la alteración narcográfica* (pp. 305-322). Trazos. https://www.academia.edu/38510137/Droga_cultura_y_farmacolonialidad_la_alteraci%C3%B3n_narcogr%C3%A1fica_Ed_e_intro_por_Lizardo_Herrera_y_Julio_Ramos_pdf
- Vásquez, J. G. (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Alfaguara.
- Vásquez, J. G. (2018). *Viajes con un mapa en blanco*. Alfaguara.
- Wiener, G. (2007, 17 de abril). El escritor debe ser un aguafiestas. *Semana*. <https://www.semana.com/entretenimiento/articulo/el-escritor-debe-agua-fiestas/84581-3>
- Zilcosky, J. (2021). *The Language of Trauma: war and technology in Hoffman, Freud, and Kafka*. University of Toronto.